

dil (1), representó que el cónclave se hallaba reunido en una ciudad de los Estados del emperador de Alemania; que convendría dar conocimiento de la elección á Francisco II antes de publicarse la elección del nuevo Pontífice; y por último, que no era dudosa la satisfacción que al emperador causaría la preferencia dada á Bellisomi, natural de Pavía (duca de Milan), y por consiguiente súbdito suyo. Todos los individuos del Sacro Colegio creyeron que para todo esto no era preciso mas que esperar unos pocos dias. Despacharon un correo al emperador: distribuyéronse en cada escrutinio los votos de atención que hay costumbre de darse recíprocamente; y por último, pasó un mes sin que el cónclave recibiera respuesta del emperador.

En este intervalo se entibaron los ánimos favorables á Bellisomi, y cuando hubiera vuelto el correo con la repuesta, ya no hubiera sido posible la elección, pues había perdido los dos votos amigos de la paz, que habían querido terminar el cónclave, y mas de la mitad de los que había obtenido anteriormente no le querían ya. Sin embargo, el cardenal Mattei no adquirió ninguno de los votos que se escapaban á Bellisomi, á pesar de que cierto hombre de talento y de corazón trató de recordar la respuesta de este cardenal á la amenaza de Bonaparte: «¿no era aquella respuesta digna de los mejores tiempos de la Iglesia? ¡Pedir un cuarto de hora para prepararse á bien morir!» En aquel momento los gefes de partido se hallaban mas desacreditados que nunca. Convenia que otros personajes, que hasta entonces se habían contentado con el

(1) Francia, Austria y España, son las naciones que gozan el derecho de esclusion. En el cónclave no había mas que dos cardenales españoles, pero sin misión por parte de su gobierno, y el cardenal Maury, agente de Luis XVIII, no se atrevia sin embargo á dar en nombre de su soberano una esclusion, que podría haber sido disputada.

papel de observadores, se metiesen á sugerir otras elecciones convenientes.

El prelado Consalvi, secretario del cónclave, había adivinado las intenciones del Austria, bien servidas bajo algunos conceptos, pero mal disimuladas por el cardenal Hertzán; y había notado al mismo tiempo que ni Bellisomi, presentado por el partido Braschi, ni Mattei, sostenido por la facción Antonelli, serían elegidos, mientras que el cardenal Chiaramonti, olvidado por el partido Braschi, al que estaba unido por el parentesco y la gratitud, era uno de los sujetos que por mas de un título merecían la preferencia (1).

El secretario dejó á las facciones agotar sus fuerzas. Luego, cuando vió que se esperaba en vano el regreso del correo despachado á Viena, hizo presente á varios cardenales que lo que en aquellas tristes circunstancias convenia, era elegir un Papa de carácter dulce, moderado y afable, que con voz paternal tratase de disminuir los males. Examinó la situación de todos los candidatos propuestos, y los escluyó; pero sin indicar formalmente una elección. Insistiendo sobre la necesidad de dar cuanto antes un soberano á Roma, en donde, desde la salida de Pio VI, empezaba á no conservarse ya tan religiosamente el respeto debido á la autoridad pontificia; añadió, que todas las potencias de que se había esperado auxilio, no ofrecían al Estado eclesiástico mas que amigos inciertos, ó indignos aliados. Hizo observar que convenia buscar nueva fuerza en todos los recursos que nunca faltan á un soberano como el Papa, padre comun de los fieles (2). Despues de haber hecho notar que ningun príncipe había intentado esfuerzos francos y directos en favor de Luis XVIII, á quien Roma hubiera deseado tanto servir, llegó

(1) *Hist. del Papa Pio VII, t. 1, p. 90.*
(2) *Ibid. p. 93.*

el prelado á insinuar que la Francia pacificada desearia acaso unirse á la Santa Sede; que la gloria de esta union parecia reservada á Bonaparte siempre vencedor; que probablemente no tardaria en volver á conquistar su Italia, y que seria el dueño absoluto de ejecutar su voluntad. Acaso del mismo París, de aquella ciudad veleidosa que había causado heridas tan dolorosas á la Religion, era de quien se tendria que solicitar una protección poderosa y la restitucion de los Estados de la Iglesia, si volvía nuevamente la victoria á ir en pòs de las armas francesas. Estas palabras de Consalvi produjeron honda sensación. En el gabinete de la corte romana el designio que sirve, ó puede servir algun dia al interés de Roma, es decir, al interés bien comprendido de la Religion, es el punto de vista capital para unos hombres, en quienes, con muy pocas escepciones, dominan las ideas de moderación personal y de amor de la gloria de la Santa Sede (4). Ciertamente es que entre los cardenales puede haber fogosas ambiciones; pero siempre se ha visto que aun estas ceden siempre por alguna cosa de honesto, de virtuoso, y de resignado, que se halla en el fondo de su corazón y que el augusto juramento de cardenal hace constantemente revivir en la memoria aun de los mas deseosos de fortuna y de consideraciones.

El cardenal que mas trabajo le costó á Consalvi ganar fué á Chiaramonti, á quien había anunciado querer hacerle pontífice. Mas de dos semanas fueron necesarias para responder á los escrúpulos de la antigua Iglesia que oponia el humilde hijo de san Benito. Mas al fin despues de haber resistido el modesto religioso por mucho tiempo, era tanta la mansedumbre de su carácter, que al parecer se conformó con lo que de él se exigía.

Faltaba asegurarse de algunos votos re-

(1) *Historia del Papa Pio VII, p. 95-97.*

unidos por el cardenal Maury, que á su vez se había hecho jefe de una facción de seis votos. «Si aceptais, decía Consalvi al cardenal de Imola, ¿qué haremos de Maury, el aviñonés? A un hombre de sus talentos, tan práctico en todos los negocios, no basta tratar de convencerle con bellas palabras, es preciso enviarle un santo; vos sois quien deberiais hablarle.» Chiaramonti replicó que si exigían de su parte el menor paso, volvería públicamente á tomar su primera libertad; que no podía concebir cómo acceder hasta tal punto con el deseo de sus amigos de elevarlo tanto; que supuesto que una apariencia de consentimiento, que mas bien era un silencio y una abnegación de sí mismo, no parecía haber sido bien apreciada, se retiraba de toda candidatura; que principiaba á apercibir la simonía y que su conciencia le mandaba imperiosamente quedarse cardenal de Imola.

Consalvi, que había reservado para lo último sus mas poderosos argumentos, volviendo á instar: «Si es preciso honrar, le dijo, la memoria del gran Braschi, nadie mejor que vos (4) puede hacerlo; no olvidándoos del amigo, no os olvidareis del predecesor: ¿á quién mejor que á vos puede confiarse la religion de las reparaciones? ¿quién sostendrá mejor que vos los breves de condenación lanzados por Pio VI? En fin, tened presente que si, como justamente creéis, es malo solicitar sufragios en un cónclave, aún peor es, Emmo. Sr., negarse, cuando se reúnen las circunstancias que constituyen en el acto un buen Pontífice, al deseo de los hombres inteligentes y sábios que conocen el valor del tiempo y se hallan en conciencia obligados á cumplir con su misión cuando conocen que la elección ha sido bien hecha. No lo dudeis; aunque sea á pesar vuestro, sereis el elegido: vos sois el Papa de este cónclave»

(1) *Hist. del Papa Pio VII, t. 1, p. 98.*

« aunque hayais nacido en Cesena. » Chiaramonti quiso replicar, pero Consalvi se marchó de la celda. Por otra parte el cardenal no se hallaba en disposición de responder á los argumentos que le recordaban en Bráschi el bienhechor constantemente generoso y el predecesor cruelmente perseguido.

Consalvi encontró en su espíritu, secundo en expedientes útiles, los principales motivos que habian de interesar al cardenal Maury.

Al día siguiente, 14 de marzo de 1800, se procedió á la votación, como se acostumbraba dos veces diariamente. Aquel sentimiento noble y piadoso que generalmente inclina á los cardenales á cuanto es bueno, útil y necesario, debia triunfar (1). El nombre del candidato era venerado: aquel cardenal amable, afectuoso, estaba allí delante de sus colegas abrumado de tanta gloria, espantado de tanto honor, más temeroso que el que cree perder el fruto de una bajera, y dispuesto á sonreír al primero que le hubiera dicho que se consentía en no admitir su sacrificio. Los escrutinios leídos en medio del silencio más profundo, fueron unánimes: el cardenal Chiaramonti fué elegido Papa (después de ciento cuatro días de cónclave, pues aquel año no fué bisesto) y declaró tomar el nombre de Pio VII, en memoria de su bienhechor Pio VI.

Entretanto el gabinete de Viena, algo resentido de la elección de Chiaramonti, en quien no habia pensado nunca, no consintió que se coronara en la iglesia de San Marcos (2). Pio VII fué coronado el 24 de marzo en la iglesia de San Jorge por el cardenal Antonio Doria, jefe del orden de los cardenales diáconos y hermano del cardenal José. « El Austria no ha nombrado al Papa, dijo Consalvi á Pio VII; si tratáis de proveer aquí las grandes dignidades, ella es quien querrá dictar

(1) *Hist. del Papa Pio VII*, p. 103-104.

(2) *Ibid.*, t. 1, p. 108.

las elecciones. Aplazad sobre todo el nombramiento de secretario de Estado. Este lo podreis hacer en Roma, donde podreis ejercer libremente vuestra influencia. » Habiendo Pio VII aceptado este consejo, el prelado hizo veces de secretario de Estado, destino que desde entonces siguió siempre desempeñando, y además obtuvo la promesa del capelo que no tardó en conseguir.

Todos los soberanos, particularmente Luis XVIII, que entonces estaba retirado en Mittau, felicitaron por medio de cartas á Pio VII, que contestó con la oportunidad conveniente. En 15 de mayo de 1800 dirigió, según costumbre, una encíclica á todos los obispos del catolicismo, anunciándoles su exaltación. En ella se notaba el pasaje siguiente: « Causanos profunda tristeza y un vivo dolor el considerar á nuestros hijos que habitan en Francia: por ellos daríamos nuestra vida, si pudiera ser útil para su salvación. Solo una circunstancia mengua y dulcifica la amargura de nuestra pena, y es la fuerza y la constancia mostradas por algunos de vosotros, y que han sido imitadas por tantas personas de toda edad, sexo y condicion; su valor en no mancharse con el juramento ilícito y culpable, por seguir obedeciendo á los decretos de la Santa Sede, permanecerá eternamente grabado en nuestra memoria, tanto como la crueldad de los tiempos antiguos, renovada con la persecucion de estos fieles cristianos. »

El observador atento, dicen las Memorias para la *Historia eclesiástica* del siglo XVIII (1), no podia menos de ver la mano de la Providencia en este restablecimiento de la autoridad pontificia. En efecto, no parecia que la Italia habia sido conquistada sino para facilitar la elección de un jefe de la Iglesia, y este designio de Dios parecia tanto

(1) Tomo III, p. 361-362.

mas evidente, cuanto que despues de hecha la elección, la Italia volvió á caer en poder de los franceses.

Habia hablado el Austria de retener en Venecia al Pontífice y hasta de comprometerle á fijar su residencia en Viena; pero al cabo de dos meses de retardo no quiso, ni pudo oponerse á la partida de Pio VII. Por una parte el emperador de Alemania, príncipe piadoso y recto en sus intenciones, se mostraba personalmente satisfecho del resultado del cónclave, que sus ministros habrian querido hubiese sido favorable al cardenal Mattei. Por otra parte el ejército de Napoleon, que era ya primer cónsul, habia bajado á Italia y el general francés habia entrado en Milan el 2 de junio. Pio VII se embarcó el 6 en una fragata austriaca; luego desembarcó en Pésaro y se encaminó á Roma, entrando el 24 en Ancona. Seiscientos habitantes de esta poblacion, relevándose mutuamente, desengancharon los caballos de la carroza, y atándola con cintas de varios colores, la llevaron hasta el palacio del cardenal Ranuzzi, que estaba lleno de impaciencia esperando á su soberano (1). Al día siguiente el Papa celebró misa en el altar de la Virgen de San Ciriaco y partió para Loreto. Un comisionado austriaco dió la noticia de que Francisco II habia recobrado los Estados de la Santa Sede para devolvérselos; sin embargo, las tropas imperiales seguian ocupando las tres legaciones. Sin perder tiempo en negociar, el Papa avanzó hácia Roma, donde fué recibido el 3 de julio con trasportes de júbilo. El caballero Acton se vió en el caso de llamar todas las tropas de Nápoles (2); pero insistió en hacer ocupar á Benevento y Ponte-Corbo, dominios de la Santa Sede enclavados en los Estados napolitanos.

Así la Providencia no solo habia dado un

(1) *Hist. del Papa Pio VII*, t. 1, p. 110.

(2) *Ibid.*, p. 112.

sucesor al príncipe de los Apóstoles y un jefe á la Iglesia visible, sino que despues de haber mantenido en medio de la tempestad esta columna que los impíos se habian lisonjeado derribar, habia tambien confundido de un solo golpe á todos los enemigos de la Religion; y mientras que la filosofía batia las palmas por la destruccion de la autoridad temporal del Pontífice, mientras que los constitucionales de Francia escribian que la córte de Roma se hallaba felizmente destruida, y se regocijaban de no ver la Sede pontificia rodeada del esplendor y sostenida por la autoridad del soberano, la divina Providencia lo habia arreglado ya todo para la restauracion del sacro principado.

¿Cuán necesaria no era la estabilidad de la Sede apostólica? ¿Cuán indispensable no era este faro luminoso, cuyos rayos alumbraban el mundo, para que los cristianos no perdieran de vista la verdadera senda en medio de tanta multitud de sectas que embarazaban su camino y que á porfia se estraviaban en las sinuosidades del error?

Aunque la volubilidad francesa presentaba al cuakerismo un obstáculo nacional, habian venido antes de la revolucion algunas familias de esta clase de sectarios á Dunkerque por invitacion del gobierno francés, que trataba sin duda de utilizar su habilidad en la pesca de la ballena. En 1794 una diputacion de dichos cuákeros se presentó con el sombrero puesto en la barra de la Asamblea constituyente pidiendo que se les dejara seguir sus prácticas religiosas, y en especial que se les dispensara del juramento y de la profesion de las armas. Mas habiendo sobrevenido algunas dificultades relativas á la industria que ejercian, se marcharon de Dunkerque y no se vieron cuákeros franceses mas que en los alrededores de Nimes, Congenies, Saint-Ambroix, Saint-Gilles, etc., donde hacia cosa de un siglo que existia una familia de esta secta.

Antes que Luis XVI, por su edicto de 1787,

hubiera vuelto la condicion civil á los protestantes, celebraban estos sus asambleas en secreto (4); sin embargo, todas sus operaciones eran conocidas. En ellas guardaban silencio, se escitaban á la inspiracion por medio de suspiros, lágrimas y contorsiones, algunas veces con gemidos sordos y citas entrecortadas tomadas de varios puntos de la Escritura, y pronunciadas con tono profético; pero comunmente no dan un sentido profético á la palabra *inspiracion*, sino que entienden por ella los movimientos interiores de la gracia. Otras veces el tiempo de la reunion se pasaba en un silencio no interrumpido.

Hacia el año 1788 siete cuákeros, cuatro varones y tres mugeres, procedentes de las islas Británicas y América, aparecieron en Congenies, permanecieron algunas semanas, y propagaron libros de piedad y moral, redactados segun sus principios. No aprobaron que las asambleas se verificaran á puerta cerrada, y celebraron algunas á las que convidaron á toda clase de personas. Recomendaron á sus prosélitos que no se quitaran el sombrero al saludar, que tutearan y llevaran vestidos de un color modesto. Los cuákeros franceses, dóciles á estas lecciones, se arreglaron el cabello al uso de aquellos estrangeros, y vistieron trages de color pardo: las mugeres adoptaron el color de violeta y se abstuvieron de usar encages ni adornos. Tomaron tambien la costumbre de tutearse entre sí; pero muy rara vez se tomaban esta licencia con personas respetables, que no perteneciesen á su secta; mas ni aun para saludar á estas se quitaban el sombrero, sino en casos muy raros, y como cediendo á un movimiento forzado.

Al principio de la revolucion muchos rehusaron tomar las armas, y patrullaban con

(4) Gregoire, *Histor. de las sectas religiosas*, t. 2, p. 121-123.

palos; pero esto duró poco tiempo. Vieron con placer la estincion del culto externo y el ofrecimiento de los vasos sagrados y adornos de las iglesias hecho por los clubs á las administraciones. Uno de ellos peroró en favor de la sustitucion del dia llamado *decadi* al domingo, y aun algunos tomaron parte en la devastacion de los templos.

Aunque estos cuákeros se hayan relajado algo por lo tocante á la observancia del domingo, sus asambleas se celebran este dia á puertas abiertas, y tambien suelen tenerlas regularmente los jueves ademas de las periódicas y no públicas á que todos son admitidos. En su reunion que dura una ó dos horas nunca se canta. Al entrar observan un profundo silencio, sentándose en una postura humilde y esperando los movimientos interiores ó inspiraciones del alma. El que se cree inspirado, se pone en pié, pronuncia algunas frases para edificacion de los oyentes, y cede la palabra á otro que presume hallarse en el mismo estado. Las mugeres tienen tambien derecho de predicar. Aunque son menos rigurosos en su manera de vestir que los cuákeros ingleses, su doctrina es la misma.

Sus libros son la Biblia y algunas obras de la secta traducidas al francés, en especial las de Roberto Barclay y las de Guillermo Penn.

Sus matrimonios se celebran en la asamblea general: los cuákeros de Inglaterra repugnan contraerlos fuera de la secta; los franceses por el contrario se enlazan con los protestantes y algunas veces, aunque muy raras, con los católicos, bien que estos matrimonios mistos resultan en gran parte de su pequeño número y de su repugnancia en contraer enlaces con parientes muy inmediatos.

En su origen parece que esta pequeña secta tenia, no un sistema de culto bien determinado, sino solamente una propension al cuakerismo, cuyos usos y máximas ha ido adoptando por medio de las visitas que le han

hecho los cuákeros ingleses y americanos. Estas visitas se han multiplicado en estos últimos años.

Otras sectas que formaban la hez del jansenismo, si me es permitida esta expresion, se iban perpetuando igualmente por el Mediodia de la Francia. En 1794 cierto cura de Marsilly, hácia Montbrison, llamado Fialin, persuadido de que el profeta Elias iba á aparecer, reunió cerca de ochenta personas de ambos sexos en un bosque cerca de Saint-Etienne para salir á recibirle, encaminarse hácia Jerusalem y formar la *república de Jesucristo* (1); encomendoles que no mirasen ni á derecha ni á izquierda, ni arriba ni abajo, y les escamoteó el dinero.

Estos fanáticos, despues de haber andado algun tiempo errantes por los bosques, se vieron en la precision de regresar á sus casas y fueron objeto de la risa del público. Fialin se casó y retiró, segun dicen, á Bercy, cerca de Paris: allí paso por de pronto un establecimiento de vinos, luego un bodegon; y últimamente fué desterrado á Nantes bajo la vigilancia de la autoridad.

Las aberraciones, cuyo cuadro acabamos de bosquejar, se esparcieron y se mantienen oscuramente no solo en Fareins y en los alrededores, sino en Roanne y en la parte llamada el Charolais y la Forez bajo modificaciones, matices y nombres diferentes.

Tambien se desarrolló en Francia la secta de los *Martinistas*, cuyo verdadero fundador es un objeto de duda, pues hay que elegir entre Saint-Martin y Martinez que le inició en los misterios teúrgicos (2). Martinez Pascalis, cuya patria se ignora, aunque se presume haber sido portugués, y que murió en Santo Do-

mingo en 1799, encontró en la cábala judaica la ciencia que nos revela todo lo que concierne á Dios y á las inteligencias creadas por él (1). Martinez admitia la caída de los ángeles, el pecado original, el Verbo reparador y la divinidad de las Sagradas Escrituras. Cuando Dios crió al hombre, le dió un cuerpo material: *antes* (¿cómo? ¿antes de existir?) tenia un cuerpo elemental, y el mundo se hallaba tambien en estado de elemento: Dios arregló el estado de todas las criaturas físicas al del hombre.

Saint-Martin, nació en Amboise en 1743, hizo sus estudios en Pont-le-Voy, ejerció la abogacia y luego fué oficial del regimiento de Foix. Estando en Burdeos conoció á Martinez Pascalis, á quien cita como su primer maestro. No sintiéndose inclinado á la carrera de las armas, obtuvo su retiro, viajó por Italia é Inglaterra, pasó tres meses en Lyon, y luego se fijó en Paris, donde permaneció hasta la revolucion, y murió en Aulnay cerca de Paris en 1804.

Saint-Martin toma al frente de varias obras suyas el nombre de *filósofo desconocido*. La primera que publicó en 1775, tenia por título: *Sobre los errores y la verdad, ó sea, los hombres atraídos á los verdaderos principios de la ciencia* (2). «La compuse, dice él, en Lyon por no saber qué hacer y por cólera contra los filósofos: causábame indignacion leer en Boulanger, que las religiones no debian su origen mas que al terror ocasionado por las catástrofes de la naturaleza. Por haber olvidado los principios de que yo trato, es por lo que el mundo se ve devorado de errores, y por lo que han abrazado los hombres una variedad uni-

(1) Gregoire, *Historia de las sectas religiosas*, t. 2, p. 176-177.

(2) *Ibid.* p. 217-229.

(1) *Acta latomorum*, ó cronología de la Fracmasoneria, en 8.º, Paris 1805, t. 1, p. 93 y t. 2, p. 362.

(2) En 8.º impreso en Edimburgo.

«cursal de dogmas y de sistemas. Sin embargo, aunque la luz haya sido hecha para todos los ojos, no es menos cierto que no todos los ojos han sido hechos para verla en su esplendor; y el pequeño número de hombres que son depositarios de las verdades que anuncio, se halla consagrado á la prudencia y á la discrecion por medio de los compromisos mas formales. Asi es, que me he propuesto usar de mucha reserva en este escrito, y envolverme en un velo que la vista menos ordinaria no siempre podrá penetrar; tanto mas cuanto que algunas veces hablo de asunto muy diferente de lo que parece á primera vista.» Procuró, pues, este iluso el medio de no ser entendido, y lo consiguió de manera que lo único que hay algo claro en su obra es el título.

En seguida dió á luz su *Cuadro del orden natural*, el *Hombre del deseo*; *Carta sobre la revolucion francesa*, un opúsculo sobre las *Instituciones á propósito para establecer la moral de un pueblo*, y *Ensayo sobre los signos*. El mismo nos hace saber que escribió el *Ecce homo* con arreglo á una *noción viva* que tuvo en Strasburgo. En esta ciudad es donde compuso tambien el *Nuevo hombre*, á instancias de un sobrino de Swedenborg.

El tomo segundo de la obra intitulada: *Sobre el espíritu de las cosas* (1), presenta pasajes interesantes por medio de los cuales justifica diversos hechos consignados en la Santa Escritura y sobre los cuales los incrédulos habian formado objeciones; por ejemplo, el materialismo de que acusan á Moisés. Pero en medio de estas cosas sanas se intercala una multitud de otras ininteligibles, en las que se pierde la razon.

El *Ministerio del hombre espíritu*, por el

(1) Del espíritu de las cosas, ó ójeada filosófica sobre la naturaleza de los seres y sobre el objeto de su existencia: 2 vol. en 8.º; París, año 8.

filósofo desconocido, salió á luz en 1802 (1). En un paralelo entre el cristianismo y el catolicismo, como si ambas cosas no fuesen idénticas, se entrega libremente á desnaturalizar y calumniar al catolicismo, «que, dice, no es mas que el seminario, la senda de pruebas y trabajos, la region de las reglas, la disciplina del neófito para llegar al cristianismo.— El cristianismo reposa inmediatamente sobre la palabra no escrita y lleva nuestra fé hasta la religion luminosa de la palabra divina: el catolicismo reposa, en general, sobre la palabra escrita ó sobre el Evangelio, y particularmente sobre la misa, y limita la fé á la palabra escrita ó á la tradicion.— El cristianismo es el término, el catolicismo no mas que el medio; el cristianismo es el fruto del árbol, el catolicismo el abono de este; el cristianismo no ha suscitado mas guerra que contra el pecado, el catolicismo la ha suscitado contra los hombres (2).» ¿Aduce el autor alguna prueba de todo esto? No por cierto. ¿Para qué? Basta haberlo dicho en tono magistral.

Saint-Martin publicó tambien un *Relámpago sobre la asociacion humana* (3).

El filósofo desconocido, «que no se creía digno de desatar los cordones de Boehm (4), se creyó por lo menos digno de traducir diferentes escritos de este visionario: los *Tres principios de la esencia divina*, la *Triple vida* y la *Aurora naciente*. «Háse querido, dice el traductor, materializarlo todo; mas ya se acerca la época en que las ciencias divinas se reconcilien con las naturales, y á fuerza de escudriñar estas, y de torturar los elementos, llegarán á remontarse á las fuentes. La *Auro-*

(1) En 8.º
(2) Pág. 5, 6, 13, 104, 168, 371, 572 y á cada paso.
(3) En 12.º París, 1797.
(4) Sus obras póstumas.

ra naciente no es mas que el primer vástago de la rama (1).»

Acaso se estrañará que no presentemos aqui un compendio razonado de las ideas de Saint-Martin, ó un cuerpo de doctrina; mas ¿quién tendrá la culpa de esto? Sus discípulos niegan la facultad de poderlo apreciar á quien no esté iniciado en su sistema: y los que se hallan en este caso lo están unos en el primer grado, otros en el segundo y otros en el tercero. ¡Perfectamente! Mas, si el sistema de vuestro maestro es, como lo suponeis, tan interesante, tan ventajoso para la humanidad, ¿por qué no lo poneis al alcance de todo el mundo? De esa region elevada en que decís se halla fundado, ¿no podría descender hasta la inteligencia del vulgo?—Eso es imposible, respondeis vosotros.— Pues en ese caso permitidnos dudar acerca de la importancia y ventajas del sistema; porque en punto á religion y moral, entra en la bondad de Dios y en el orden esencial de las cosas que lo que es útil á todos esté al alcance de todos. Por lo demás, Saint-Martin dice: «solo el desarrollo radical de nuestra esencia íntima es el que puede conducirnos al espiritualismo activo (2).» Y si este desarrollo radical aun no se ha verificado bien en muchas personas, no hay que estrañarse que se hallen á larga distancia del *espiritualismo activo*, y que no siendo mas que *hombres del torrente* no puedan comprender al *Hombre del deseo*.

La conformidad de los dogmas de los martinistas franceses con los de una secta que nació en la universidad de Moscou á fines del reinado de Catalina II, y que tuvo por gefe al profesor Schwartz, hizo dar el nombre de martinistas á los individuos de esta secta, que á fines del siglo XVIII eran bastante numero-

sos (1). Mas habiendo traducido al idioma ruso algunas de sus obras y tratado de propagar su doctrina, muchos de ellos fueron encarcelados; pero luego fueron puestos en libertad al subir Pablo al trono. Eu la actualidad se hallan reducidos á un número muy pequeño. En su seno admitieron á Swedenborg, Boehm, Ekartshausen y otros escritores místicos. Recogen los libros mágicos y cabalísticos, las pinturas geroglíficas, los emblemas de virtudes y vicios y cuanto se relaciona con las ciencias ocultas: profesan gran respeto á la palabra divina que revela no solamente la historia de la caída y de la redencion del hombre, sino que segun ellos encierra además todos los secretos de la naturaleza, y asi es que por todas partes buscan en la Biblia sentidos místicos. Tal es poco mas ó menos la relacion que de esta secta hacia Pinkerton en 1817 (2).

La sociedad llamada de Aviñon tuvo su origen en Berlin (3). Pernety, benedictino, abad de Burkol, bibliotecario del rey de Prusia; el conde de Grabianka, estaroste polaco; Brumore, hermano del célebre químico Guyton Morveau; Merinval, empleado de hacienda, y algunos otros, se habian reunido en aquella ciudad para ocuparse de ciencias ocultas. En la combinacion de números para inquirir los secretos del porvenir, nada hacian sin consultar la *santa cábala*, que es como ellos llamaban al arte ilusorio de alcanzar del cielo respuestas á las preguntas que le hacian. Algunos años antes de la revolucion creyeron que una voz sobrenatural, dimanada del poder divino, les mandaba marchar á Aviñon. Grabianka y Pernety adquirieron en esta ciudad

(1) Gregoire, *Hist. de las sectas religiosas*, t. 4, pág. 191-192.
(2) Véase el *Intellectual repository of the New-Church*, núm 25, p. 34 y siguientes.
(3) Gregoire, *Hist. de las sectas religiosas*, t. 2, pág. 194-199.

(1) Pág. 4 de la advertencia.
(2) *El Ministerio del hombre de espíritu*, p. 14 de la introduccion.